

Número 1

Edición Bimestral: Mayo - Junio

Cholula, Puebla

ESPORA



microficción • cuento • narrativa visual • poesía • ensayo

Convocatoria

Revista *ESPORA*, Creadores, Lectores y Textos Literarios, convocan a:
escritores, poetas, artistas gráficos y fotógrafos.
Fecha límite de la convocatoria 31 de julio del 2015.

Bases

La convocatoria está abierta a todo público de cualquier parte de la República Mexicana. Los interesados pueden participar en las siguientes categorías, solo se aceptará una obra por participante.

El formato de entrega será el siguiente: en español a doble espacio, letra Times New Roman, 12 puntos.

- Cuento (4-6 cuartillas)
- Ensayo Literario (4-6 cuartillas)
- Poema (1-3 cuartillas)
- Micro-ficción (1-2 cuartillas)
- Apoyos iconográficos como narrativa visual, fotografía e ilustración (extensión 2 páginas tamaño medio oficio, 300 dpi, a color y en tonos grises).

Recepción de Trabajos

Se deberá enviar la obra con asunto "**Convocatoria no.2**" a la dirección de correo electrónico *esporarevista@gmail.com*, así como especificar los siguientes datos:

- Título de la obra
- Nombre
- Pseudónimo (opcional)
- Correo electrónico
- Lugar de residencia
- Red social (FB, Twitter, blog, etc)
- Para las obras iconográficas, incluir ficha técnica y argumentación de la obra.

Dictaminación

La recepción de trabajos será desde la aparición de la presente convocatoria hasta el viernes 31 de Julio del 2015. El consejo editorial notificará por medio de correo electrónico a aquellos autores que sus obras hayan sido seleccionadas. El fallo será inapelable.

Directorio

Director

Guadalupe González Prieto
Mariel Almazán Vázquez

Consejo Editorial

Comisión de redacción

Guadalupe González Prieto
Mariel Almazán Vázquez
Alejandra Gutiérrez Romero
Olivia Nicté Toxqui Martínez

Comisión de material gráfico

Alex Fernando Blanco Juárez
Verónica Vanessa Sánchez Garza
Francisco Covarrubias Álvarez

Diseño

Luis Ángel Rivas Ríos
Alex Fernando Blanco Juárez
Verónica Vanessa Sánchez Garza
Francisco Covarrubias Álvarez

Colaboradores

Armando Mixcoac Chora
Omar Alejandro Ángel Cortés
Gerardo Ramírez Olvera
José Alfredo Villa Garcidueñas
Pedro Sánchez
Jesús Sánchez Moreno
Fernando Díaz Juárez-Ardisana
Daniela Hernández Sánchez
César Enrique Ávalos Galicia
Jennifer Hegewisch Taylor
Iván Alfredo Cabrera

Carta Editorial

Espora surge de la conexión de varios pensamientos, en realidad no podemos saber bien cómo llegamos a la idea, pero se posesionó de nuestra mente, permaneció y dio vueltas hasta que se fue haciendo visible; y ahora este primer número es el resultado de un gran proceso. Un proceso de nuevos conocimientos, de retos y de la apertura a un nuevo eje que desconocíamos.

Presentamos ESPORA como la idea de crear una revista en donde surja un diálogo y un espacio en donde creadores y lectores puedan conocer las ideas y obras que se están creando actualmente, tener un espacio de integración y encontrar una plataforma de comunicación entre las personas interesadas con lo que se está haciendo dentro de la cultura, arte y literatura.

Gracias a todas las personas que nos han apoyado en la elaboración de este proyecto, principalmente porque sin saber al cien por ciento de que se trataba, decidieron adentrarse, meter mano y darle una oportunidad. La idea continua, cada vez tratamos de consolidarla mejor, de edificarla para que una vez con las raíces bien arraigadas, pueda dispersarse el trabajo puesto en estas páginas.

Consejo Editorial

Textos

Mf = microficción

C = cuento

P = poesía

E = ensayo

ÍNDICE

- 05** Microficción: D.T.rioridad
- 07** Poema: Del hambre
- 08** Poema: Azul
- 10** Ensayo: La invención del mexicano
- 14** Microficción: Meshe
- 15** Narrativa Visual
- 16** Poema: poema en tres pieles
- 18** Cuento: La voz de la razón
- 22** Microficción: Palabras borradas
- 24** Poema: Melina
- 25** Cuento: Clavel #14
- 30** Poema: Te Odio <3
- 31** Póster Talleres
- 32** Narrativa Visual
- 34** Cartelera Cultural

D. T. R I O R A R

*Nube de
serpientes
(MF)*

¡Qué rico te mueves, ay, más rápido! Aficionados que viven la intensidad del fútbol... Así, cabrón, así, me encanta que me muerdas. ¡Qué rico! Comienzan noventa minutos del deporte más hermoso del mundo... Mmm, sigue. ¡Más! Ya casi termino, ¡-a-a-y! ¡Así, así! Avanza Luis Hernández por la banda derecha, va acercándose a los límites del área... ¡Qué rico me coges, así, mi rey, así, a-a-a-y! Entra al área dispara y... No pares, no pares, me vengo, así, más rápido, más, ¡a-a-a-y-y-y! ¡Gooooooooooooooooooooo!

Recuerdo que Yuliana era una ninfómana de 90 minutos. Cogíamos a pesar de que La Selección se estuviera jugando el pase a la siguiente ronda. Con Ariana era distinto. Sólo teníamos sexo durante el medio tiempo, ya que era igual de aficionada que yo y no podíamos perdernos un sólo partido de “La Selec”. Aunque esto me dejó un poco trastornado y con demasiadas consecuencias. Me acostumbré a eyacular en 15 minutos. Todas las mujeres que he tenido últimamente como pareja me han dejado por esto. No puedo creer que me haya pasado a mí. Nunca imaginé que fuera a tener este tipo de problemas. Menos cuando era un sádico semental.

Recuerdo que en una ocasión, con Yuliana, eyaculé hasta que el bruto de García Aspe falló el penalti decisivo. Es decir, tarde más de los 90 minutos reglamentarios. A raíz de eso y a que mi mejor época sexual la viví al lado de Yuli, la extraño demasiado. Además de su cabello largo, su nalgas firmes y sus perfectos senos, extraño la rapidez con que se movía arriba de mí; también que me dijera que era, para ella, como una bestia.

Quisiera que todo esto de mi impo-

tencia fuera un sueño que estaría dispuesto a cambiar por el de ser campeones del mundo. Ha llegado a tanto mi desesperación, que he pensado en quitarme los genitales. Según mi psicólogo, con la mutilación, se terminaría el problema. Sin embargo, no sé de qué jodida teoría sacó esa idea y yo todavía de pendejo queriéndole hacer caso. Si nada más de visualizarme sin huevos me dan calambres hasta en el culo. En fin, ya he acudido a otros remedios y ninguno ha funcionado. Una bruja, vecina mía, me recomendó que cada vez que viera pasar un avión, comenzara a masturbarme y me frotara unas hojas de eucalipto debajo de los testículos y que por cada hoja que se deshiciera, iba yo a recuperar minutos de vigorosidad. Perdí la cuenta de los kilos de eucalipto que compré y la porquería de receta jamás dio resultados. Tiempo después, la mejor amiga de mi madre dijo que en un pueblo, cerca de Sonora, en el mero desierto, había unos torbellinos de arena que lo curaban todo. La curación era en comunidad. Nos dividían en grupos de cinco. Cada grupo viajaba en un Jeep en busca de los remolinos, el chiste era encontrarse, frente a frente, con éstos para que nos bañáramos en arena. Pero tan mala es mi suerte que jamás nos topamos con uno. Intenté de todo y nada resultó.

Hasta que fui a ver al Niño Dios del Fútbol que está ubicado en una pequeña capilla, en el túnel número 30 del Estadio Azteca. El día que asistí al santuario hablé con él. Le conté mi problema y me dijo que mi pene era inalterable, que debía permanecer en su lugar, tan fijo como había estado durante los últimos años. Me indicó que no le hiciera caso a ningún ser que no fuera católico; creo que se refería a todos los brujos, que ninguna hierba me serviría mejor que conseguirme un buen lubricante. Me aconsejó que comprara: la TVNotas, la H Extremo o la Open, revistas de éste tipo; que ahí salían unas mujeres que seguro despertarían mi libido.

El próximo año cumpla 69. Soy muy feliz. Mi Selección le arrebató el campeonato del mundo a esos pibes de mierda, en el mismísimo Monumental, 2-0. Dos tantos del africano nacionalizado mexicano. Dos tiros espléndidos como los dos palos que me aventé al medio tiempo con esta lujuriosa rioplatense que importé de Argentina y que me estoy comiendo desde que el Niño Dios del Fútbol me aconsejó con sus angelicales palabras. ■

Poema del hambre es cabrona, pero el pueblo lo es más

Colibrí linyera (P)

Yo también

soy

pueblo

y

con

el hambre

tropiezo...

Cada vez

que abro

la boca

pa' protestar

me la rompen

y de a feo... ■

AZUL

Omar Alejandro Ángel Cortés (P)

A Petra Hernández Díaz.

*“Y eso es todo: esta es mi vida y mi muerte,
donde no hay nada.”*

Javier Marías

El azul me hacía recordarte.
Aún.
Como un mar, océano que
en lo más profundo
se infesta, de olvido se inunda

vacío

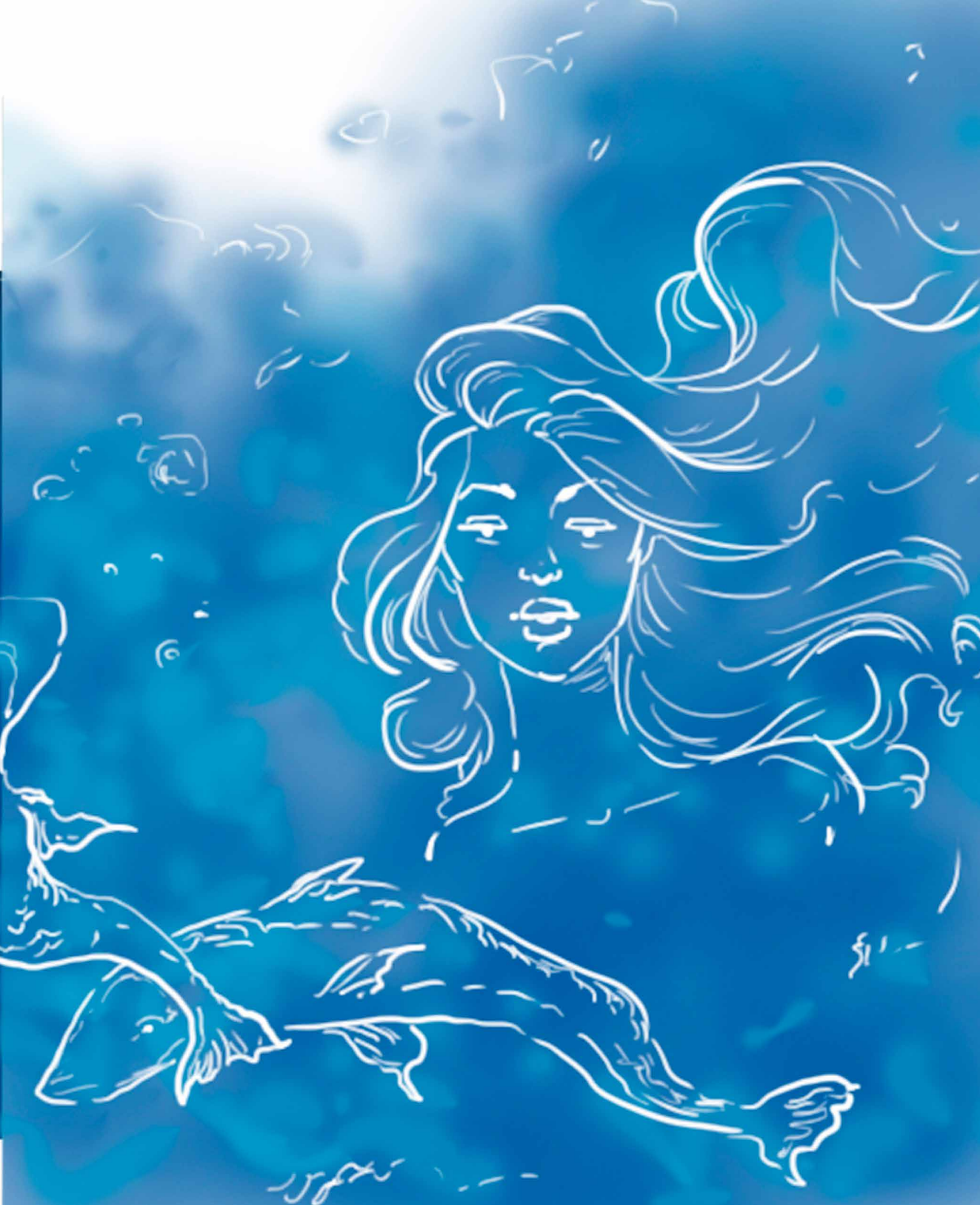
deshabitan
salvajes largos peces,
amenazan con desaparecer.

En dónde
A dónde
interrogantes burbujas llenas de
recuerdos,
de fragancias,
de nuestra esencia,
de azul,
de polvo,
de nada...

Savía inmensidad
me recuerda a ti, sabia,
a mí,
al azul,
las olas a tu cabello
el viento a tus caricias
y el azote de las olas en la arena

a tu partida. ■





LA INVENCIÓN DEL MEXICANO

Alfredo Valderroca (E)

“No hay nada atrás, las raíces están quemadas, podridos los cimientos, basta un manotazo para echar abajo esta grandeza. ¿Y quién asume la grandeza si nadie asume el desamparo?”

Octavio Paz, La estación violenta

México: Ombligo de la luna; águila devorando a la serpiente sobre un nopal: Quetzalcóatl escondido; ruinas que cantan; ojos fijos de un niño zapoteca que dice más cuando no habla; tumulto de sombreros y de faldas; ferrocarril de riel infinito; dolor vestido de carcajada; mural de los fusilados; tristeza que no coagula; herencias invisibles; alba sin salida.

Nuestra patria es un invento, -noble en el mes de septiembre, inhabilitado el resto del año- que se acomoda en la boca como palabra vacía, sin entrañas y sin alma. En el mejor de los casos es un fulgor lejano en la memoria, una moneda perdida en el sillón de los abuelos. El nacionalismo ha muerto. En la película *Martín* (Hache), dirigida por el argentino Adolfo Aristarain, Martín Echenique padre, dice sin miramientos a su hijo lo que piensa de su país:

“El que se siente patriota, el que cree que pertenece a un país, es un tarado mental. [...] Uno se siente parte de muy poca gente; tu país son tus amigos, y eso sí se extraña, pero se pasa. Lo único que yo te digo es que cuando uno tiene la chance de irse de Argentina, la tiene que aprovechar. Es un país donde no se puede ni se debe vivir. Te hace mierda.” (1997).

Aplíquese esta idea a cualquier patria, si es América Latina mejor, su color ideológico no importa. El mexicano no tiene nada más que su orgullo, esa máscara que cambia por la mano que la toma y el rostro al que se adhiere. El mexicano no tiene más que su ingenio para sobrevivir a la cacería de brujas. Es cruel o generoso según la circunstancia. Es un torbellino. Se edifica al mismo tiempo

que es sin saber qué es, lucha cada día consigo mismo -contra el otro, con el mundo- para afirmarse, para develar el rostro (los rostros) que hay tras el mito; lleva como el Pípila una inmensa piedra de historias: ceniza del pasado que se impregna a su pecho. El mexicano es habitado por fantasmas que aparecen cuando llegan las preguntas y dejan caer su sal sobre la herida: ¿Quién soy? ¿Qué hago aquí? ¿De dónde vine? ¿Quién me llama? ¿Qué carajos?

La primera y única vez que entré a El laberinto de la soledad con Paz como mi Virgilio, fue en plena adolescencia, cuando poco o nada me importaba la identidad nacional. Lo que recuerdo vagamente de mi recorrido por el Laberinto, es el cómo dibujaba por fuera de la página algún semblante de las personas que conocía, sus modos de actuar y de pensar, ese “Hombre, árbol de imágenes” (Paz, 1989: p. 65); esas siluetas de piedra, esos surtidores, nociones o estereotipos replanteados que no me resultaban ajenos. Bajo mi perspectiva, Octavio Paz no define al mexicano, sino que lo contempla en su soledad incommunicable, intransferible, en su búsqueda del origen, en su fallida reconciliación con el Universo, con el Todo, que es a la vez su propio tránsito.

Pensar el ‘ser’ del mexicano es una tarea ardua y un tanto ideal. ¿De dónde se debería partir? ¿Cuál es su quintaesencia? ¿Qué me distingue de los demás? Busquemos. La filosofía náhuatl concibe al tiempo en edades del Sol. Los Soles eran creados cuando los dioses lograban la armonía; tenían un ciclo vital y terminaban devorados por su signo, ya fuera el

¿Cuánto ha cambiado el mexicano en los últimos parpadeos del nuevo Sol?

agua, el jaguar, el viento o la lluvia de fuego. Los hombres perecían con el Sol y retornaban a la naturaleza con un cuerpo animal. El Sol en el que hoy estamos es el quinto, nació del sacrificio de Nahuatlitzin y Tecuciztécatl. Su nombre: Nahuatl Ollin (en náhuatl, 4-movimiento), sol del movimiento, acabará en terremoto (León-Portilla, 1993: 108-110). Este origen mítico de nuestro Sol, ¿aún forma parte de la realidad en que existimos?

Piedra de sol: dueña del Tiempo en fuga. El mexicano creado con materia volátil, extraviado, sin razón de ser ni de estar, abandonado en la tierra por los dioses, por los hombres y las virtudes, condenado a vagar, a hacerse y deshacerse cual figura inacabada.

¿El movimiento será un rasgo puntual que pueda dilucidar el carácter del mexicano, su situación desesperada, conflictiva, de desamparo y de apatía? Ante el vértigo de existir en un mundo que no termina de desmoronarse, Federico García Lorca (1940) nos aconseja vomitar: “Sin remedio, hijo mío, ¡vomita! No hay remedio” (p. 115).

El poema Piedra de sol de Paz, es un códice reciente, total, majestuoso, que asume la conciencia de ser el cuerpo del tiempo. Es la incorporación del yo con el otro, del mundo humano con el mundo espiritual: eterno mínimo; del

pasado y del presente, del movimiento y la quietud. Se requiere al leerlo de una concentración extraordinaria para seguir la fluidez de sus imágenes y sonoridades, para captar la totalidad de su circunferencia perpetua: conciencia en movimiento.

En este poema encuentro la trascendencia de lo mexicano, es decir, una salida del laberinto del ego, de lo extranjero y lo nacional, conceptos burdos a lado de la más pura ontología. Da igual nacer en un lugar u otro, tener o no tener apellido, si a fin de cuentas:

“la vida no es de nadie, todos somos la vida -pan de sol para los otros, los otros todos que nosotros somos-, soy otro cuando soy, los actos míos son más míos si son también de todos, para que pueda ser he de ser otro, salir de mí, buscarme entre los otros, los otros que no son si yo no existo, los otros que me dan plena existencia, no soy, no hay yo, siempre somos nosotros,” (Paz, 1989: 98).

¿Cuánto ha cambiado el mexicano en los últimos parpadeos del nuevo Sol? Anoche fui al cine a ver La dictadura perfecta, del director mexicano Luis Estrada, que junto con La ley de Herodes y El Infierno conforman una trilogía indispensable de textos que sirven para entender la realidad actual del país, al menos eso creo. Me reía, sí, pero enseguida se me

apagaba la risa, era como un puñetazo en la cara que me traía un sentimiento entre humillación, repugnancia e incomodidad que se esparcía por el cine y las calles hasta cubrir el continente.

¿Hasta qué punto de la estupidez y del escalofrío eres capaz, mexicano, de inventar una imagen grotesca de ti y mantenerla, de manipular las situaciones con lujo de apariencia, con total insensibilidad? Se suponía que estaba viendo una ficción de lo real, pero no había un límite preciso entre ambas. La pesadilla rompió mi sien y abrió la caja de Pandora. Es en este párrafo donde confieso que no entiendo al mexicano, pero me reconozco ahí donde late su catástrofe, ahí donde se cruza de brazos y se rinde, donde no aguanta y grita sus consignas, donde acepta con temor que un día de estos lo pueden matar y no pasará nada, ahí donde goza el instante de un beso o de una canción, ahí donde le gana la alegría y llora.

Cruzar el laberinto no ha sido más que saltar los muros para dar con la luz, el agua y la vida que habita en la cueva de nuestro microcosmos. Mirar con ojos que descifran la piedra de Sol, la piedra inaugural, ha sido volcarme sobre una memoria más grande, sobre un nacimiento que nunca acaba, un nacer de la palabra. Estos días que vemos no son nuevos, ni los nombres ni los crímenes ni los desiertos. Es innegable lo delirante y escabroso

del estado de las cosas, ya no podemos esconder la cabeza bajo tierra. ¿Hasta qué punto nos comprendemos? ¿Quién de nosotros nos levantará del sueño? Y todavía no me acostumbro a la muerte.

Dígame usted, amigo Octavio, pues aquí nadie responde: ¿En qué rincón de su conciencia sepultó a los muertos de las Guerras Mundiales y de las Dictaduras? ¿En verdad la poesía lo hizo vidente cuando salió de la caverna? ¿A qué transparencia llegó cuando se adentró en el laberinto colectivo, después de salir de su soledad adolescente? ¿Sintió asco alguna vez al saberse inmerso en un plan macabro que no podía detener? ¿Hubiera podido? ¿Cómo consiguió distanciarse de la materia y las injusticias humanas para entregarse al silencio y la creación?

Y ahora una pregunta general que sé que otros con más ingenio se han planteado: ¿Somos el tipo de mexicanos que queremos ser o nos sometemos a lo homogéneo para no perder nuestro sentido de pertenencia? ¿Y si renunciáramos? ¿Se puede renunciar a lo intangible: a la memoria del polvo y de la luz, a lo que el aire derrama y comunica? Y de ser así, lector, ¿Qué esperas para olvidar todo lo que te han dicho que eres e inventarte por tu cuenta? ■

M E S H E

Pedro Sánchez (MF)

La vieja melodía del despertador me indica que mi reposo ha terminado. Para evitar que los rechinidos del colchón perturben a Meshe, que aún duerme debajo del cobertor de flores amarillas, me levanto de la cama con cautela.

Todo está oscuro, tan oscuro que me cuesta trabajo creer que ya son las diez de la mañana.

El frío linóleo me ayuda a despabilarme mientras me retiro el pijama y cubro mi cuerpo con un traje de terciopelo de color morado. Debo verme impecable, aunque algunos de nuestros amigos pensarán que no vale la pena asistir a una matinée musical tan arreglado.

Salimos de nuestro hogar alrededor de las once de la mañana y comenzamos a caminar con el estómago vacío por la calle Correspondencia, como siempre; se nos hizo tarde.

Nuestro andar apenas se percibe en esta zona de la ciudad donde algunos dicen que vivió o lloró o se enamoró Hernán Cortés.

La Calzada de Tlalpan luce solitaria, aunque, ocasionalmente un automóvil o el metro rompen la monotonía de este sábado cubierto de nubes plomizas. Nos detenemos unos segundos que aprovecho para respirar, abrocharme el cordón del zapato derecho y acomodar el clavel que adorna la cabeza de Meshe.

Seguimos caminando, desde hace algunos años desechamos la idea de viajar en metro, taxi o pesero.

Al pasar por la estación Villa de Cortés un hombre con anteojos y una hermosa mujer de cabello rizado nos observan y sonrían con asombro.

En unos minutos estaremos llegando al Salón California Dancing Club, como ya es costumbre compraré un boleto, dos botellitas con agua y caminaré hacia las sillas que se encuentran cerca del escenario.

En todo momento Meshe seguirá mis pasos.

El danzón es nuestra música favorita, aunque también nos agradan los boleros, las baladas, las cumbias y una que otra salsa romántica. Nunca bailamos, simplemente nos gusta ver a los pachucos y las rumberas enamorarse y viajar a otras épocas gracias a la magia de la música y el baile.

Así pasaremos este sábado en el que Meshe disfrutará de la música recostada en mis piernas, mecerá su suave cola y ronroneará cuando nuestros amigos y bailarines se acerquen a decirle que se ve muy guapa con su clavel en la cabeza. ■



Obra: Caminos

Autor: Fernando Bajaras

Pseudónimo: Barajas

Lugar de residencia: San Pedro Cholula

FB: Fernando Barajas Ekc

Instagram: fbarajas94

POEMA ESCRITO EN
**TRES
PIELES**

Xue Moreno (P)

I Esta noche
 en el lomo de tu cuerpo
 tatúo mis dientes,
 mis labios,
 mis exhalaciones
 y sello
 cada una
 de tus vertebras
 en la cervical de la noche.

II Nos invade
 como un violento aullido en doble filo
 el temple de nuestros templos

*—¿Acaso no saben que su cuerpo
 es santuario del Espíritu Santo...?—.*

La sed navaja
 acecha en nuestras piernas jaurías
 y sólo al tocarnos,
 sin movimiento,
 como alfileres eternos,
 ladra.

III Hoy
 hemos tallado nuestros nombres
 con el sudor de los párpados
 y hemos desprendido,
 grano a grano, nuestras hambres;
 nuestro conocimiento;
 nuestro estigma de juventud,
 de inocencia,
 de incandescencia como
 dos fósforos
 con llamas amorfas
 que tienen miedo a la luz
 y por segundos,
 prenden.

Coda

Cada noche volvemos a ser perros
 que devoran sus carnes
 y comulgan
 el uno con el otro. ■

La Voz de la Razón

Fernando Díaz (C)

Se encontraba arrodillada en la esquina de aquel pequeño y solitario cuarto. Recargada sobre el muro acolchonado, observaba frenética las paredes blancas que la rodeaban. La camisa de fuerza había provocado punzantes llagas en las muñecas de sus manos.

Aletargada por los tranquilizantes inyectados en el brazo para aplacar su agresividad, apenas y podía sostener los párpados entre abiertos, como si se tratara de dos imanes atraídos, lucía cansada. El contraste de sus ojos aceituados con la piel más que mortecina le profería un aspecto depresivo y maniático al mismo tiempo.

Cuando finalmente los efectos del sedante pasaron, intentó incorporarse colocando el pie izquierdo sobre el suelo. Un mareo sobrevino y la tumbó en el piso. Realizó un segundo intento por ponerse de pie y esta vez, manteniendo el

equilibrio, se encontró sobre sus piernas, mirando sorprendida a su alrededor.

Con el cabello húmedo, resultado del agresivo baño que le habían proporcionado en el patio, se apoyó en las paredes para no caer de nuevo. Fue cuando el terror la invadió. Intensos escalofríos recorrieron su cuerpo, y angustiada, se apartó de la pared en un brusco movimiento. Ellas habían llegado como todos los días, al parecer, provenientes de algún lugar extraño.

Regina comenzó a escuchar voces desde que era una niña. La primera vez que las oyó había despertado apaciblemente de aquel sueño en que volaba sobre una rosada nube. Entonces llegaron de forma inesperada haciendo un ruido estruendoso que casi le fragmenta los tímpanos. Se cubrió la cabeza con un montón de sábanas, y tratando de evadirlas por completo, cayó en un



profundo letargo que no le permitió correr hacia su madre y refugiarse en sus brazos, tal como tenía pensado. Cuando despertó se encontraba aturdida y somnolienta, con la cabeza dolorida y el cuerpo tembloroso. Sus padres no le dieron mucha importancia al asunto, después de todo, ¿qué problemas podía tener una niña?

Al principio se mostraron como murmullos y cuchicheos que no podía distinguir. Ella se imaginaba un lugar paradisíaco, sólo para disminuir la molestia que le causaban. Con el tiempo se volvieron claros y hasta pareciera que ocupaban turnos para hablarle, siempre por detrás de la oreja, tal vez para resguardar su identidad.

Suaves como el viento tenían en su tono una singular dulzura, tan suave y azucarada como el caramelo. Eran voces de infantes que pedían jugar con

ella en todo momento. Regina preguntaba de dónde venían, por qué a ella y no a otra persona en un mundo tan grande como éste. Pero las voces huían, y cuando notaban que ella volvía a la normalidad, regresaban para pedirle jugar de nueva cuenta.

Su comportamiento se deformó al paso del tiempo y la serenidad que irradiaba como fruto de su infantil etapa se extinguía poco a poco. Ahí estaban ellas, que le decían cuántas personas nacían y cuántas morían. Eran las voces, que platicaban con ella sobre el devenir y lo que sería de sus amigos, padres y hermanos. Cuando relataban para ella el acontecer de las muertes, un sonido estridente salía de su garganta mientras se tiraba al suelo, balanceándose sobre sus piernas, con las manos apoyadas sobre la cabeza. Las voces se disculpaban por el error cometido y todo comenzaba

nuevamente, como si no hubiera ocurrido situación alguna.

Ellas la acompañaban a todas partes. En la escuela hacían las voces de profesoras, y con la sabiduría que las llenaba, le revelaban respuestas en preguntas hechas por sus superiores. Atónitos los demás, fijaban su vista en ella, sin dar crédito al lenguaje y la coherencia de sus respuestas, como si tuviera una sapiencia ajena.

En casa le contaban leyendas, historias de lugares lejanos ubicados más allá de Hibernia y las maravillas sobre los campos dorados de Pannonia. Contaban cada detalle sobre las personas de Albania, más blancas que la nieve. Tomaban las riendas de su imaginación y la hacían viajar a las tierras de Dalmática, donde no existían personas, sino estatuas de sal que cobraban vida por las noches.

No llevar acabo los diseños de las voces significaba la imposición de castigos dolorosos: *jarráncate un mechón de cabello, muerde tus labios hasta sangrar, rasca tus brazos con tijeras afiladas,*

golpea tu cabeza contra el muro si tienes malos pensamientos, coloca tu mano en el fuego ardiente, pincha tus dedos con el cuchillo!

Ni siquiera las voces se dieron cuenta de que la niña se había transformado en mujer. Dejaron atrás los juegos y comenzaron los amoríos; cambiaron las muñecas y los juegos de té por el amor, siendo también otras. Adquirieron una personalidad distinta a la de entonces, ya no eran tiernas ni dulces, se habían vuelto ásperas, roncas, frías como témpanos de hielo.

Así, con rostro inocente y cuerpo descomunal, Regina comenzó a enamorar a los jóvenes más apuestos y adinerados. Conoció lugares que sólo unos cuantos tienen el privilegio de visitar. Las voces le decían qué hacer y cómo comportarse. Obediente a sus propósitos, ejecutaba a la perfección todas y cada una de las órdenes.

Cada año transcurrido tuvo en ella un efecto rejuvenecedor. Era demasiado hermosa, pero sólo le interesaban



las flores, el dinero y las diversiones. Harta de rechazar admiradores que le enviaban regalos extraordinarios, quitó la venda de sus ojos. Enviudó joven y volvió a casarse. Aún le quedaban ganas para disfrutar de su existencia.

Casada por sexta vez descubrió que la gravedad había dejado estragos en su cuerpo. Las canas comenzaban a brotar de su negra cabellera. Notó que las arrugas se dibujaban sobre sus párpados, barbilla y frente, como papel doblado en múltiples pliegues. Descubrió que ya no le molestaban los hombros. Entonces dejó de matarlos tal y como las voces le ordenaban. Ellas le aconsejaron que el guano servía mejor como abono que como veneno.

En un momento de tristeza las voces la animaron a lanzarse del terrado de su casa. Con la mirada fija sobre el horizonte caminó lento hacia la marquesina. El viento suave que venía por detrás pegaba ligeramente sobre su espalda, como si estuviera de acuerdo con ellas y también la invitara a lanzarse al vacío. Las puntas de sus zapatos apenas y sobresalían del bloque de concreto. Comenzó a balancearse. *Tírate. Serás tan ligera como las nubes.*

Un trueno resonó en lo más recóndito del cielo. La lluvia cayó inesperadamente y al resbalar sobre su frente los murmullos se marcharon. Al darse cuenta Regina miró el precipicio, y dando pequeños pasos en reversa se alejó con la espina del miedo clavada en su alma. Dio media vuelta y en un ataque de locura surcó su piel con las uñas afiladas. Arrancó mechones de su cabellera y golpeó su rostro con los puños bien cerrados. Destrozó todo cuanto a su paso había. Rompió vidrios, desgarró

cortinas y arruinó muebles. Cuando llegaron del manicomio para llevársela tocó por última vez las paredes de su casa. *Despídete de todo. No volverás a tu hogar*, le susurraron las voces al oído.

Ahora estaba a punto de cumplir cuarenta y ocho años. Había pasado los últimos seis encerrada en aquel cuarto. Se acostumbró a la camisa de fuerza; también a la comida y a las descargas eléctricas en sus genitales, pero no a las voces, que taladraban su cabeza incesantemente.

Un día nublado, brumoso y melancólico, las voces le contaron cómo día tras día, minuto a minuto, la vida le jugaría una mala pasada, el tiempo roería vilmente sus huesos hasta dejarlos desnudos, faltos de nervios, músculos, arterias, ligamentos y articulaciones. Llorando desesperadamente, les preguntó qué podía hacer para evitar la ley de la vida. Su respuesta causó eco en la habitación, y finalmente, la alentaron a despojarse de toda su nauseabunda carne.

Regina se halló tendida en el gran charco espeso de su sangre, justo a mitad del cuarto. Las paredes blancas rebozaban salpicones escarlata. El rigor mortis había dejado sus dedos entumidos, con las uñas azuladas y tegumentos de piel en ellas. En lugar de ojos tenía dos islas rodeadas de carnosidad, y la rosada piel que alguna vez tuvo no era más que un derruido monumento.

Satisfechas, las voces huyeron luego de un exquisito festín. Cambiaron su tono ronco y áspero por el infantil y tierno del principio. Fueron en busca de un nuevo niño al cual instruir en el curso de su vida, tal y como habían hecho con Regina. ■

PALABRAS BORRADAS

Daniela Hernández (MF)

ESTA ES LA HISTORIA DE UN INVENTOR de palabras. Desde pequeño, el Sr. Inventor mostró su habilidad con las letras, a diferencia de los bebés promedio, él no dijo ni 'mamá' ni 'papá' como frase primera, sorprendió a todos con un 'mapá', lo que tiene sentido si consideramos que la suya, es madre soltera. Conforme fue pasando el tiempo, su agilidad verbal se fue perfeccionando, bastaba con que mirara de reojo un objeto para que él pudiera crearle el nombre perfecto. Los científicos de todo el mundo, los representantes artísticos y hasta varios políticos, contrataron al Sr. Inventor para beneficiarse de su trabajo.

En la cúspide de su carrera, pudo no sólo nombrar objetos y lugares, sino

*las palabras
las de
de la*

de la

M E L I N A

César Galicia (P)

Melina nunca usó collares
mas que el día en que adornó
su cuello con una cuerda
y no sonreía,
o así la recuerdo.

Tenía 30 años,
50 en la mirada
10 en el alma
y sus caprichos de niña
solían ser lavados de estómago
por cocteles de pastillas.

A Melina no la mató la tristeza
como dice el doctor,
ni su madre, como dice la mía,
ni mi madre, como dice la suya,
ni los planes perfectos de Dios
como dice el cura.

Melina se mató ella misma,
sin dejar nota aclaratoria
más que la imagen congelada

en las secas neuronas de su padre
cuando la vio colgada de su techo
como el péndulo quieto de un reloj.

“Mira cómo sonrío”,
me dijo en el funeral
“Está dormida.”
“Es un ángel.”
“Sueña en paz.”

Melina no murió en paz,
pero se veía tranquila.

En la mañana la enterramos
y en la noche,
Nochebuena
y en Navidad,
Madre dijo que Dios la perdonaba.

Pero yo sé que ella no condona
lo veo en sus lágrimas que arden,
quemar siete días año con año
hasta que logra olvidar otra vez. ■



Clavel #14

Giulia Montsant (C)

Sabina aún recordaba el incidente. No había pasado tanto tiempo de aquello. Sólo lo contaba a quién desease oírlo, pero prefería no hacerlo. En esta ocasión seguramente tendría que volver a relatar la historia, desde luego.

— Sabina, ¿ya has intentado por medios naturales? Las medicinas homeopáticas del Dr. Becker le funcionaron muy bien a Rosa. Ya la ves ahora con los dos niños en brazos y no se da abasto para repartir su cariño entre ambos — dijo Carmen.

— En realidad no lo he intentado del todo, me da algo de miedo — musitó Sabina.

Aquí va, pensó ella. Tendría que explicarle.

— ¿De qué hablas? — preguntó Carmen extrañada.

Habían charlado en ese café durante un año. Le fascinaba el color de las

flores justo ahí en la terraza de piso de barro. Hoy el sol se entretenía coqueteando con ellas en la proximidad de las mesas cubiertas por sombrillas. Tomó su abanico y comenzó a agitarlo. Después de un silencio entre ambas y un buen sorbo de café, Sabina la miró a los ojos.

— No puedes contarle a nadie Carmen.

Carmen de inmediato le prometió que no lo haría.

— ¿Alguna vez te has preguntado por qué entré a trabajar con tanta premura? — dijo Sabina.

Pues, te habías aburrido de la rutina de ama de casa, ¿quizá? — replicó Carmen.

— No, no fue así. Fue debido a Robertito.

— ¿Robertito? ¿Cómo, hubo alguien antes de tu esposo? — preguntó Carmen asombrada.

— No. No fue así.

Con cierta lentitud, comenzó la his-

toria. Sabina se había enterado que iba a ser madre apenas dos años atrás. Rafael y ella llevaban unos meses de casados y la noticia les llegó como un balde de alegría.

Rafael acababa de firmar un contrato con una empresa y ya ganaba su primer sueldo por lo cual se sentía en posición de levantar una familia. El niño se llamaría Robertito en honor al tío de Sabina, que ella tanto quería.

El embarazo transcurrió sin sorpresas, de lo más feliz, arrancando suspiros a las aves y contagiando de risas a los padres. Finalmente el maravilloso día llegó y Robertito se armó de valor para salir del vientre. Era un niño pequeñísimo. Sabina sentía una culpa tremenda cada vez que se sorprendía a sí misma mirando las venas que le protruían de la cabeza a aquel pequeño bulto delgado, con una cabeza demasiado grande para su enclenque cuerpecillo. Las enfermeras le habían dicho que Robertito necesitaba oxigenación y cuidados intensivos por algún tiempo, por lo cual después de permanecer dos días en el hospital, enviaron a los padres a casa. Sabina y Rafael le hacían visitas diariamente, pero el niño no parecía perder el maquillaje marino que le adornaba. Los padres acudieron durante un mes sin perder de vista al niño, quien no evolucionaba favorablemente; pasaron dos meses también, pero el Robertito que habían

esperado con tanto anhelo, no mostraba señales de mejoría. En tanto un buen día, Sabina sintió un dolor muy fuerte en el estómago y esa tarde se quedó en casa. El teléfono repicó varias veces antes de que ella pudiera oír a las enfermeras decir, sin ningún miramiento, que su hijo había fallecido. Llamó a Rafael y se encontraron fuera del hospital a las siete de la noche, justo cuando el manto negro de la noche iba borrando los jirones rojos de cielo menguante.

Sabina no podía articular palabra. Tenía la expresión perdida en un mundo que ni ella comprendía, inmóvil. Rafael tampoco decía nada. La enfermera les indicó el camino y ambos caminaron de la mano siguiéndola hasta un pasillo estrecho que albergaba olores a formol y muerte. Las miradas de ambos se encontraron con sorpresa cuando la enfermera los condujo por una escalera que descendía hasta una puerta de acero.

La enfermera empujó la puerta con fuerza y frente a ellos se extendieron un centenar de cajones en las paredes. Se acercó a uno de ellos en el centro, y con un ligero movimiento de llave, lo abrió. Rafael y Sabina no habían reflexionado sobre su propósito en el hospital aquel día por lo cual cuando la enfermera les preguntó que si tenían dónde llevarlo, ambos se miraron en desconsuelo. De una vez, la empleada, le puso a Sabina en brazos el cadáver ennegrecido de

su hijo, más diminuto que al principio. Sabina no podía creer que le estuvieran devolviendo el producto de su vientre así, reducido a nada. Las lágrimas les escurrían. Rafael la rodeó con un abrazo, mientras ambos lloraban. Y pronta a seguir con sus labores, la enfermera les indicó que salieran. Así, con una manta vieja que había cubierto su cuneta, salieron con el niño en brazos, con el corazón destrozado.

— Es por eso, Carmen. No sé si pueda con otro golpe de aquellos. Además, antes de concebirlo, tuve un par de abortos espontáneos.

Carmen no supo qué decir, y el silencio cubrió la mesita sombreada. Sólo se escuchaban los pájaros por varios minutos. Entonces, Carmen interrumpió el silencio.

— Sabina, puede que sea un mal momento, pero quisiera contarte una historia, la de mi hermana Jovita, ¿te acuerdas de ella?

Sabina asintió y escuchó con atención la historia de Carmen. Apenas recordaba a la hermana mayor de una tarde que había pasado a recoger a Carmen a casa. Jovita también había pasado por el mismo contratiempo hacía unos años. En ese tiempo, el suplicio de no concebir una criatura en su vientre la corroía desde dentro; le iba amargando el carácter y usurpando la dicha. Había abortado en demasiadas ocasiones. Una tarde mien-

tras rogaba por un niño, una viejecilla le escuchó. La anciana, así cubierta por un velo negro, parecía sacada de un cuento de brujas o de un psiquiátrico. Sin aviso, se acercó para susurrar al oído de Jovita que su deseo podría cumplirse más rápido de lo que creía. Jovita sintió que la invadía el temor ante aquella anciana de procedencia lúgubre y de aliento hediondo, pero fue más fuerte el ansia de convertirse en cauce, origen y madre de una criatura. Fue así como meses después, Jovita anunció a Carmen que había encargado a un hijo que llevaría por nombre Joan. Carmen no contó a Sabina los detalles finales de la historia porque los desconocía, pero fue ella misma quien la siguiente noche la puso en contacto con Jovita.

De la Jovita de la historia no quedaba nada. Aquella mujer era jovial, optimista y llena de vida, pero cuando Sabina le recordó el martirio de sus propias pérdidas, su rostro se ensombreció un poco. Conmovida, Jovita le prometió que pronto olvidaría ese pesar, que no tuviera miedo. Al día siguiente quedaron de verse en la Clavel, la paralela a la Calle del Olmo. El pavimento rocoso alfombraba la calle, y las hiedras y plantas colgantes cubrían las paredes de verde a cada lado, de vez en vez coronadas con pequeñas flores de color naranja. Al final de la calle cerrada se encontraba un pequeño patio circular cuyo medio estaba adornado por

“ Temes, pero no hay por qué ”



un antiguo pozo de piedra, ya tapado por desuso. Las paredes también estaban cubiertas por plantas colgantes al igual que las casitas del resto de la calle, pero éstas aparentaban estar muy descuidadas. Ahí en la placita del pozo, había una puerta de madera.

Después de tocar la puerta un par de veces, una voz de anciano respondió, y al escuchar el nombre de Jovita, éste abrió la puerta. El viejecillo de la casa tenía un aspecto inocente y se mostraba muy sonriente, era de corta estatura y se jorobaba para caminar. El padre Joan nos invitó a pasar al jardincito de su casa donde había una fuente rodeada de plantas frondosas. El padre dijo que tenía algo de prisa y que lo tendrían que disculpar, que sería una visita rápida. Entonces sentó a Jovita y Sabina en la orilla de la fuente, mientras él nos observaba con su dulce mirada cristalizada. Primero preguntó a Jovita por el bienestar de su hijo y la felicitó por la gracia que le había sido concebida. Enseguida, como si se hubiera olvidado de Jovita por completo, volteó a ver a Sabina, ojerosa y dubitativa analizando cada uno de sus movimientos.

— Niña, no te preocupes. No es nada.

Temes, pero no hay por qué. El padre le extendió la mano para entregarle un pañuelito diminuto con aroma penetrante a limón, y al desenvolverlo, sólo encontró tres hojitas.

— Colócalo bajo tu almohada durante siete noches y te olvidarás de esa aflicción.

El padre Joan le sonrió con el aire de sabio. Se despidió brevemente y sin más,

se retiró a su casa. Una vez fuera, Jovita leyó en Sabina la incertidumbre y la incredulidad, por lo cual le recordó que aunque parecía demencia, había sido la única manera en la que había logrado encargar a su hijo. Jovita siguió conversando con ella todo el camino de vuelta a casa hasta que Sabina se convenció de intentarlo también.

Dos años más tarde, tras salir del trabajo, Sabina le contaba la anécdota a su nueva amiga Fernanda.

- ¡Y tal cual! Jovita tuvo razón, por lo que le agradezco cada día de mi vida por haberme permitido encargar a Sebastián.
- En verdad ¿sólo bastó con colocar las hojitas bajo la almohada? —preguntó Fernanda con un brillo de emoción.
- Sí, sólo con eso. A veces es necesario no preguntarse tanto el cómo, sino ser agradecido por el resultado. Si no has podido concebir, quizá el padre Joan también nos pueda ayudar con eso — dijo Sabina, muy segura de sus palabras.
- Pues, vamos. No creo que pueda perder nada más allá del tiempo que he perdido ya con intentos fallidos — respondió Fernanda finalmente.

Al terminar la semana, Sabina y Fernanda acudieron con prisa a la Calle Clavel #14. Sabina no había vuelto desde entonces. Al ver la puerta cubierta por la maleza, se apresuró a tocar una vez. Al no recibir respuesta, tocó más fuerte y en repetidas ocasiones gritó que se trataba de Sabina. Jovita, pero esta vez nadie salió. Fernanda empezaba a creer que todo formaba parte un cuento.

Entonces Sabina salió a la calle y tocó la puerta más cercana a la plaza circular. Una señora se asomó por una pequeña ventanilla en la puerta.

— Hola, buenas tardes. Disculpe por molestarla pero es que, verá, hace un par de años hicimos una visita al padre Joan, su vecino y él nos ayudó con una cuestión muy delicada — comentó Sabina.

— ¿El padre Joan? No, disculpe usted, estará equivocada, no conozco a ningún padre con ese nombre—respondió la señora ataviada con unos aretes de plata.

— No. No me estoy confundiendo. El padre me entregó un pañuelo. El hijo de mi amiga Jovita lleva su nombre en honor al milagro que le hizo. No será que tendrá otro nombre y...

La señora la interrumpió en seco a la par que cerraba la ventanilla diciendo que lamentaba no poder ayudarla pero que no lo conocía. A continuación fueron a preguntar a la puerta siguiente y a la que le seguía después de ésta, donde finalmente un señor mayor les abrió. Fernanda se apartó discretamente a un lado de la puerta, empezando a dudarle todo.

— En esa casa no ha vivido ningún Padre nunca señoritas, de hecho, no recuerdo que esa casa estuviese habitada desde que yo era un niño y corría por esta misma calle. Adentro sólo hay maleza de cuatro metros de alto, insectos y alimañas; le aseguro que nadie querría vivir tras aquella enredadera.

Sabina se limitó a hacer una mueca de espanto y esa noche regresó a abrazar a Sebastián más fuerte que ninguna otra. ■

TE OUDIO <3

Iván Alfredo Cabrera (P)

¿Sabías qué?

*<<Si tú y yo saliéramos en bicicleta,
llegaríamos sin problema (y sin darnos
cuenta) a Yosemite>>*

O al desierto de los Leones.
Y adoptaríamos un León. Rosa.
Llamado como un anagrama de nuestros
nombres.

Y volveríamos montándolo
corriendo sobre lagos
se mueve tu cabello
y cierras los ojos
lloras
por una basurita.
No llores, te digo acariciando tu ceja que
es delgada, precisa y hermosa. Así como
tú dices que eres al bailar. Este ejercicio
se pondrá más y más cursi cada vez,
hasta que termine. Como nosotros. Cada
vez.
Pegaso se fue para siempre una vez más.

[facebook_ringtone_pop.m4a]

El león se detiene junto a un mirador.
Aprovechamos para ponernos al corrien-
te de nuestras vidas, yo omito decir que
ya te olvidé, porque no importa. Tú me
dices que ya me olvidaste, pero no me
importa. Tengo comida en mi mochila
y la compartimos, será un largo viaje de
regreso a tu casa, pero logro convencer-
te de que pidamos aventón. En esta par-
te me besas con todas tus fuerzas, yo no
te beso; me hago el fuerte y te lastimo
un poco. Pero para compensarte, en el
espacio siguiente pasa lo que tú quieras:

Plot twist: Consigo un trabajo en Brasil
y tienes que decidir si te escapas conmi-
go, o si te arrepientes toda tu vida por
no ser mi chica de Ipanema.
Mira qué cosa más linda qué viene qué
pasa.

Caminbo do mar

Ya veo porque hay que estar juntos, soy
brillante cuando te escribo, ¿no?
—No mi amor, has estado bebiendo
mucho. (Me quitas la botella y le das un
trago, la botella es de lo que quieras. Yo
quiero que sea mezcal.)

Te pones ebria antes que yo, porque
eres flaquita y porque estás lastimada de
tu estómago. Porque no comías.
Y ahora que los dos estamos borrachos,
juntos,
en tregua,
enamorados,
desnudos,
bellos,
listos,
nos quedamos dormidos.
Sin hacernos ni una pregunta, porque es
cliché.
¿quiobo? ■

CREADORES, LECTORES Y TEXTOS LITERARIOS

invita a:

SEGUNDO CICLO DE TALLERES

CREACIÓN LITERARIA

07
21
MAYO

RESTAURANTE MANDUCA

(Calle Atzala #1622, 72810 San Andrés Cholula)

17:30 -19:00

CONFIRMACIÓN VÍA INBOX

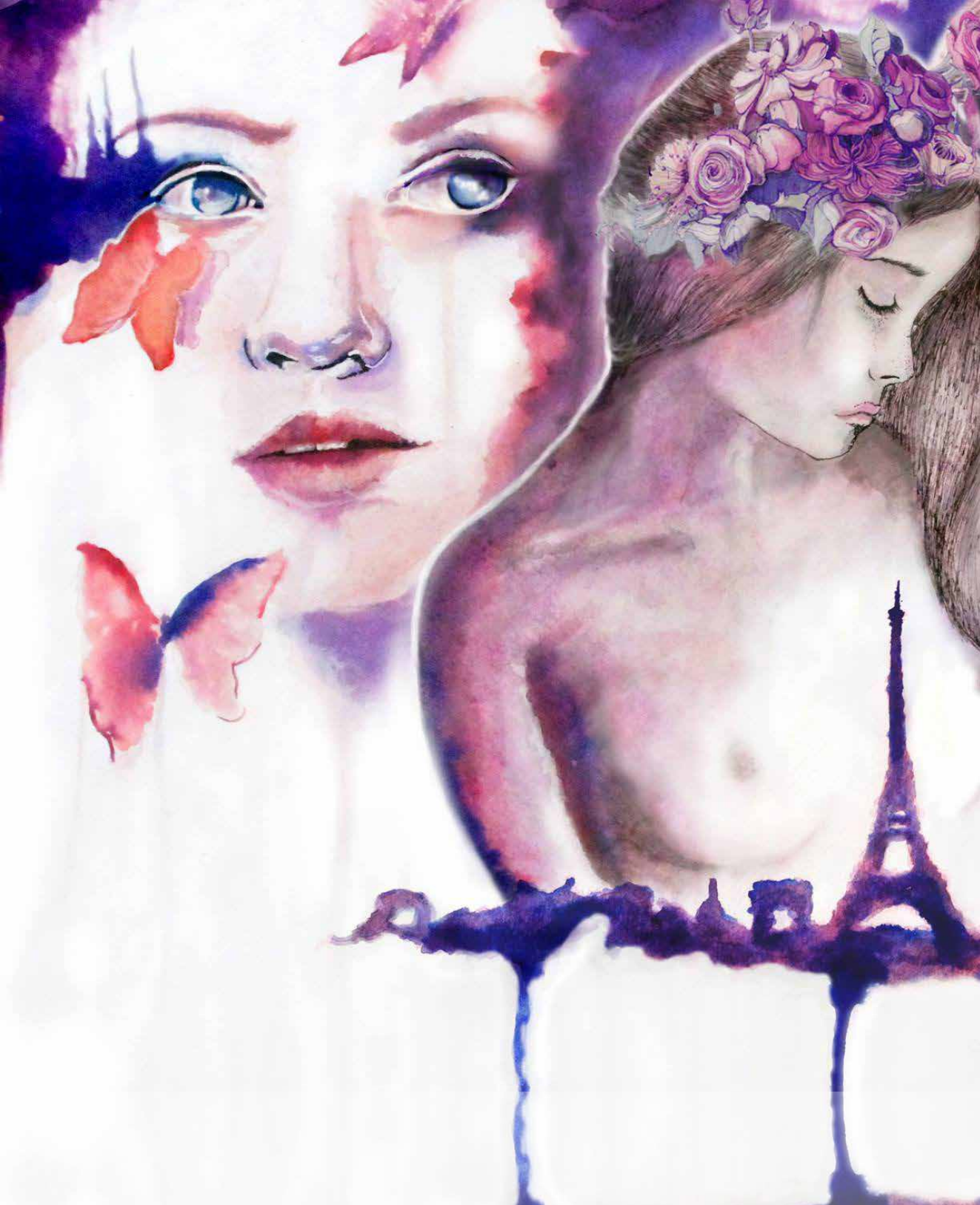
 /creadoreslectoresytextosliterarios

Entrada Libre | Cupo Limitado

MANDUCA
RESTAURANTE

ESFORA





Obra:
Homenaje a Rayuela

Autor:
Alexander Tadlock

Pseudónimo:
Tadlock

**Lugar de
residencia:**
San Andrés Cholula

FB:
Tadlock



RAYUELA



CARTELERA

•

CULTURAL

mayo

Taller de Creación Literaria Poesía. Impartido por Creadores, Lectores y Textos Literarios.

Jueves 7 y 21 de Mayo
17:30 h

Manduca Restaurante. (Calle Atzala #1622, San Andrés Cholula, Puebla)
Entrada Libre

Presentación de la Banda Sinfónica de Puebla.

Domingos 3, 10, 17, 24 y 31 de Mayo
12:00 h

Zócalo de la ciudad de Puebla. (Av. Juan de Palafox y Mendoza entre 16 de Sept y 3 Sur, Centro Histórico)
Entrada Libre

Exposición "Espacios Habitados" de Isabel Gaspar.

Viernes 15 de mayo hasta el 22 de Junio
19:30 h

Improntala. (3 Poniente #310. San Andrés Cholula, Puebla)

Presentación musical de Ritmo Bonobo.

Viernes 15 de Mayo
19:00 h

Festival Internacional 5 de Mayo

Exposición "Soñadores" de Amilcar Munive.

Hasta el Lunes 18 de Mayo
Casa Nueve. (2 Norte #1205-A. San Andrés Cholula, Puebla)

58 Muestra Internacional de Cine.

Viernes 8 al Jueves 21 de Mayo
12:00, 17:00 Y 19:00 h
Cinemateca Luis Buñuel. (5 Oriente #5, Centro Histórico de Puebla)

Cambalache de libros

Jueves 28 de Mayo

10:00 – 16:00 h

3 Norte #3, Centro Histórico.

junio

Taller de Creación Literaria Narrativa.

Impartido por Creadores, Lectores y Textos
Literarios.

Jueves 4 y 25 de Junio

17:30 h

Baikal Café. (4 Norte #1206, San Andrés
Cholula. Puebla)

Entrada Libre

Verano en "La E". Talleres de: poesía, novela, cuento dinámico, análisis de series de televisión e historia del libro.

1 de Junio al 31 de Julio

Inscripciones 11-29 de Mayo

3 Norte #3, Centro Histórico.

Cuota de recuperación \$350.00

Presentación musical de Ritmo Bonobo

13 de Junio

21:00 h

Casa Rasta. San Andrés Cholula, Puebla.

Presentación de repertorios ARCDANZ.

Foro Internacional de Danza.

19 de Junio

18:00 h

Sala de Artes Escénicas UDLAP. San Andrés
Cholula, Puebla.

Entrada Libre

CAR
TE
LE
RA

CUL
TU
RAL

